Contribuciones como esta de Ferrer Sama, sanamente realizadas y honradamente sentidas, vuelven la pintura a un cauce «primero», inmediato, que revela el deseo del pintor de ser «él» quien descubra a los demás cómo debe verse un paisaje o una composición, en qué tiempo y desde qué situación. Ferrer Sama, con buen oficio y vuelo y revuelo plástico del XIX, directo, ingenuo —gran cualidad siempre—, hace que la muestra sugiera una posible y extensa glosa sobre medidas de tiempo, de cómos y de porqués. Su exposición, en el tráfago diario, es un recinto que incita al reposo, casi un fanal.—M. SÁNCHEZ-CAMARGO.

EL III CONGRESO HISPANOAMERICANO DE HISTORIA Y LA CIUDAD DE LOS SITIOS

ANTECEDENTES

En Cartagena de Indias, con motivo de la celebración del 150 aniversario de su Independencia, tuvo lugar una reunión de historiadores, de dentro y fuera del Continente, entre los días 10 y 16 de noviembre de 1961. El Congreso fué convocado por la Academia de la Historia de esta ciudad y por la Asociación Hispanoamericana de Historia. Tuvo un doble carácter, por una parte, de efemérides local cartagenera conmemorativa de su aniversario, dedicada al estudio de los temas propios de la ciudad y, por otro lado, la reunión internacional, tercera en la sede de los Congresos Hispanoamericanos, convocados regularmente por la referida Asociación, siguiendo un temario orgánico de estudio.

La Asociación Hispanoamericana de Historia es un organismo internacional que agrupa y vincula a los historiadores hispanoamericanos, a las entidades y corporaciones dedicadas al cultivo y a la investigación de la Historia de América y a los hispanistas europeos. Nació el año 1949 por iniciativa del Instituto de Cultura Hispánica, y desde entonces ha desarrollado una fecunda labor, manifestada sobre todo en sus Congresos y reuniones de estudio. Hoy en día constituye, junto con la Comisión de Geografía e Historia del Instituto Panamericano, radicada en Méjico, y la Organización de los Congresos de Americanistas, el triángulo de las asociaciones internacionales dedicadas a la Historia de América. Se gobierna por una Comisión Directiva integrada por historiadores representantes de los países de habla española y en forma más permanente por un Consejo Ejecutivo presidido por

el historiador salvadoreño don Rodolfo Barón Castro, auxiliado por una Secretaría Técnica radicada en Madrid. Los presidentes de la Asociación en la década de su existencia han sido, su fundador, el historiador peruano don Víctor Andrés Belaunde, el presidente de la Academia Dominicana de la Historia, don Emilio Rodríguez Demorizi y el presidente de la Academia de la Historia de Cartagena, don Guillermo Porras Troconis. Los más relevantes historiadores del continente americano, miembros de las Academias Nacionales de la Historia y profesores de las Facultades Universitarias, colaboran activamente en las tareas de la Asociación.

El I Congreso Hispanoamericano tuvo lugar en Madrid en el año 1949, bajo la presidencia de don Víctor Andrés Belaunde y se dedicó al estudio de las «causas y caracteres de la emancipación americana». El tema central se desdobló en varios apartados comprensivos de los antecedentes de la Independencia, de los precursores y caudillos, del movimiento ideológico, la literatura y la prensa de la Independencia, las guerras en sí mismas y el papel de España y la Iglesia en la emancipación. El II Congreso Hispanoamericano se reunió en la República Dominicana y coincidió con la restauración del Alcázar de Diego Colón, una de las joyas arquitectónicas más valiosas del Continente, de puro estilo gótico renacentista, lo presidió Emilio Rodríguez Demorizi y se consagró al estudio del «siglo XVI americano». Los trabajos se dividieron en cuatro comisiones, que abarcaron los siguientes epígrafes:

a) La Española, base de irradiación hispana en América.

b) La expansión hispánica por las Indias.

c) La obra hispánica en América.

d) Gonzalo Fernández de Oviedo y los cronistas de Indias. Fruto de aquella reunión fué la celebración de un Seminario sobre la Enseñanza de la Historia de América, en octubre del año 1958.

El III Congreso Hispanoamericano, siguiendo un orden cronológico de estudio, se proyectó inicialmente a la consideración del siglo XVII en Hispanoamérica. El temario así acotado hubo de abrirse a otros temas cuando se fusionó el III Congreso de la Asociación con el II de Cartagena de Indias, conmemorativo de su Independencia.

Varios e importantes han sido los temas tratados y las conclusiones aceptadas a lo largo de estas reuniones. Un índice de las mismas dará idea clara de la tarea encomendada a la Comisión Ejecutiva de la Asociación, pues tocan los más diferentes aspectos de la historiografía americana. Se refieren a la conservación del patrimonio artístico con la proposición de medidas concretas a los gobiernos e instituciones interesadas, a la declaración de determinados lugares, como monu-

mentos históricos pertenecientes al acervo común de los pueblos hispánicos; a la documentación histórica, a la unificación de las normas archivísticas, a la redacción de índices bibliográficos sobre fuentes y documentación, a la reforma de los textos y manuales de enseñanza de la Historia de América, a la periodización y nomenclatura de esta Historia, a la publicación de las actas de los Congresos, etc.

La marca de Cartagena

Cartagena de Indias ofreció el escenario incomparable para la reunión y le imprimió su marca indeleble; se adueñó del ánimo de los congresistas. Quien la visita con un mínimo de sensibilidad artística y de preparación histórica, y desde luego un español, no la puede olvidar nunca. Es como una ciudad andaluza y castellana a la vez, con una mezcla abigarrada de razas en extraña simbiosis de pereza y desbordamiento, con más sol, con más color y encerrada en murallas; con el mar Caribe y la vegetación del trópico envolviéndola. ¿Cabe algo más? A la espalda, una historia fascinante de asaltos de bucaneros holandeses, de sitios de piratas ingleses y saqueos de corsarios del rey de Francia. John Hawkins, Juan Martín Cotres, Francisco Drake, el barón de Pointis, el almirante Vernón, la flor y nata de la marinería mirándose en sus aguas y deseando sus tesoros. Dentro de su recinto, una sucesión de capitanes españoles de la aventura, de cargamentos de especiería y de esclavos negros arrancados de Africa, de sitios heroicos y de vidas de santos. La ciudad guarda todavía en sus piedras las crueles heridas del ejército de Morillo, el pisar firme de Bolívar y el recuerdo de las cruentas contiendas civiles entre los primeros años de vida independiente; sus bastiones desarbolados, a la postre, sirvieron sólo para ahondar las banderías políticas y para hacer más duras las luchas fratricidas que, de calle a calle, ensangrentaron la ciudad durante años. Tales acontecimientos fueron expuestos a la consideración de los congresistas, quienes tuvieron ocasión de revivirlos sobre los mismos escenarios, milagrosamente conservados.

Las sesiones de trabajo, y se trabajó intensamente en sesiones ininterrumpidas de tres a cuatro horas, se tenían en el antiguo Palacio de la Inquisición, sede hoy de la Academia de la Historia, palacio del más puro estilo colonial, con un retablo barroco de piedra en la fachada, que enmarca el escudo de la Monarquía española sobre el portalón y divide los corridos balcones de celosías caladas en dos cuerpos independientes. En sus salas de gruesos muros, techadas con vigas de madera y suelo de baldosín rojo se distribuyeron las comisiones de estudio y los plenos de la Asamblea.

Los congresistas vivíamos en el hotel Caribe, rodeados de playas, fuera de la ciudad vieja, en la punta de una lengüeta de tierra, albergue de la zona residencial moderna. Todos los días —mañana y tarde—, para llegar al lugar de las reuniones, teníamos que recorrerla de punta a punta, dejar a la izquierda el muelle de pescadores negros, atravesar las murallas por las tranquilas arcadas de la Puerta del Reloj y recorrer un dédalo de callejuelas coloniales hasta alcanzar la plaza de Bolívar, con el Palacio de la Inquisición al frente.

Coincidió con las fechas del Congreso la revolución en el Ecuador, que derribó al Presidente Velasco Ibarra de la Presidencia de la República, y el acontecimiento sirvió para agudizar el difuso y agudo sentimiento de incertidumbre que los historiadores hispanoamericanos habían traído sobre el porvenir político de sus países. Se celebraba además el Concurso de bellezas colombianas, cortejadas por muchedumbre de admiradores en impaciente guardia a la puerta del hotel Caribe, donde se alojaban. El Congreso tuvo, pues, la oportunidad, aparte del estudio de su temario, de vivir la dimensión humana del pueblo cartagenero negro, mulato y blanco en fiestas, y de calar más hondo en la realidad dramática de la actual coyuntura hispanoamericana. Todo ello en el marco de una naturaleza incomparable y con el testimonio vivo de arte e historia de la ciudad española más bella de América.

El actual sitio de la ciudad heroica

En los días del Congreso la ciudad celebraba sus fiestas populares, y las calles, estrechas, encerradas en el recinto torreado, estallaban de gente, de bailes, de disfraces, de ruido y de color. A un lado, la mole adusta e impresionante de la fortaleza de San Felipe, envuelta en la sombra del heroísmo de Blas de Lezo, presenciaba impávida el abigarrado conjunto: las líneas de modernos chalets horizontales de cemento y cristal; la bahía, tersa y reluciente como una diminuta Guanabara; las torres, guardianas en los recodos del mar; las playas, ceñidas a los costados de la ciudad; el hirviente mercado negro, cuajado de frutas, de fritos, de tenderetes y baratijas, y en una plaza remansada sobre la muralla, el silencio de la iglesia de los jesuítas donde vivió y murió el santo español de los esclavos negros: Pedro Claver.

Los congresistas visitaron estos lugares a solas o en excursiones organizadas en los ratos que dejaba libre el apretado programa. El conjunto de historia, de arte y de naturaleza se fué así mostrando en su integridad. Hubo una excursión en barco a «Bocachica» —paraje bellísimo—, la única entrada practicable de la bahía desde el exterior, porque los españoles cegaron la natural, más amplia, por razones de-

fensivas, y quedó sola la más estrecha, vigilada con dos fuertes centinelas circulares, con fuego cruzado artillero capaz de cerrarla a su antojo, además de un curioso sistema de cadenas transversales bajo la superficie del agua, manejables desde los propios fuertes.

Cartagena vieja no ofrece obras artísticas de primera categoría como otras ciudades americanas: Lima, Quito, Méjico, etc., porque fué repetidamente saqueada y porque el tesoro es ella misma; las callejuelas estrechas que entre un bosque de celosías talladas se abren al mar por los lienzos quebrados de la muralla; las casas bajas, con patio interior a la andaluza, portalón amplio y balcones saledizos con tejadillos rojos cerrados al exterior en enrejados de madera como verdaderos retablos, en sucesión ininterrumpida de colores a ambos lados de la calzada; los torreones abandonados, todavía enhiestos, y el ambiente de la ciudad entera. El principal tesoro que es Cartagena mismo no se lo pudieron llevar los piratas y bucaneros venidos de los cuatro puntos de la rosa de los vientos. Cartagena amurallada sigue en pie fiel a sí misma, y así la hemos visto como el símbolo de una tradición viva y de un modo de ser histórico forjado en permanente estado de sitio.

Ahora, sin embargo, no las riquezas que pasan, sino el tesoro de Cartagena, está en peligro de muerte. Es el último y definitivo sitio, el más peligroso de todos de la ciudad heroica. Ha comenzado ya y no sabemos cuánto durará; tampoco adivinamos el desenlace. La personalidad de una estirpe que aquel recinto representa, su mundo de tradiciones, de creencias y de valores de raíz hispánica, debilitada por un acoso continuado, sufre el definitivo asalto. Es la lección de la ciudad heroica, del baluarte español mejor guardado. El III Congreso Hispanoamericano de Historia allí reunido dió la voz de alerta y levantó la bandera. Este y no otro significado simbólico tiene aquella resolución en que:

> «Se solicita al honorable Consejo Municipal de Cartagena y a la Marina de guerra de Colombia que se ordene izar en lo alto de los castillos de San Felipe, San Fernando, San José y demás fortificaciones de la ciudad el Pabellón de la Marina del antiguo reino de Castilla, con los leones y los castillos sobre fondo rojo y blanco, acompañado del Pabellón Nacional de Colombia, en los aniversarios de los sitios de Cartagena y en la fecha conmemorativa del descubrimiento de América.»

Porque junto al cerco ideológico de Hispanoamérica se está operando la material y paulatina destrucción de la ciudad antigua con la edificación en el viejo recinto de construcciones incompatibles con su valor y su belleza. Es la resaca de un temporal implacable que ha devastado el patrimonio artístico de Hispanoamérica. Unas veces ha sido motivado por ignorancia; otras, por la fuerza de los intereses materia-

les o por razones de comodidad, pero siempre alentado por quienes se empeñaron suicidamente, desde dentro y desde fuera, en borrar del Continente los perfiles que trazó España, conformadores de su personalidad. Quizá el caso límite de tal actitud se haya dado fuera del propio Continente americano, al finalizar la segunda guerra mundial, cuando en Manila, después de la retirada japonesa, se arrasó hasta no dejar piedra sobre piedra la ciudad intramuros de la época española.

En el Salón de Juntas del Palacio de la Inquisición, de Cartagena, los congresistas de veinte países escucharon, mientras la tarde caía, las palabras graves del Vicepresidente de la Academia Colombiana de la Historia, Bernado J. Caycedo: «Es el último y más peligroso de los sitios de Cartagena. Lo que pretendieron con enormes esfuerzos y sangre Drake, Pointis, Vernón, todos los capitanes de la piratería, lo han empezado a realizar sin ruido, poco a poco, los que van sustituyendo por horrendos edificios —pues ni siquiera tienen la excusa de ser artísticos— las antiguas moradas de los abuelos. Y esa no será la Cartagena que he amado. Yo no podré arrancar de mi corazón el recuerdo de la ciudad que conocí en una remota mañana luminosa, de pie sobre un ocioso torreón de sus murallas inútiles.»

Temas de estudio y organización

El temario, por la fusión de los dos Congresos inicialmente proyectados para celebrarse separadamente, tuvo una dimensión amplia, no monográfica. Abarcó en tres Comisiones las tres etapas básicas de la vida de América: primero, la etapa indígena prehispánica; segundo, el período colonial y la obra de España, y tercero, la Independencia, seguidas de una necesaria cuarta Comisión consagrada a Cartagena de Indias y otra a iniciativas y resoluciones. En la práctica los ejes de la reunión giraron alrededor de dos temas centrales: la valoración de la obra de España y la determinación de los caracteres de la Independencia. Sobre ellos se volcaron más de un centenar de trabajos, comunicaciones y ponencias, expuestos por sus autores y contrastados en abierta discusión en las Comisiones correspondientes, de las que en forma extractada se dió cuenta al pleno de la Asamblea.

En la primera sesión plenaria se eligieron Presidentes honorarios al Presidente de la República de Colombia, Doctor Alberto Lleras Camargo; al Presidente de la Academia Colombiana de la Historia, don Eduardo Santos, patrocinadores del Congreso, y al Archiduque Otto de Habsburgo, congresista y participante activo en los trabajos de la Asamblea. La Presidencia efectiva recayó en don Gabriel Porras Troconis, alma del Congreso y Presidente de su Comisión organizadora. Gracias a su personal iniciativa y desinteresado esfuerzo aquél pudo

celebrarse. Los congresistas encontraron en su figura venerable, en su indomable voluntad y en su noble ejecutoria de vida el símbolo humano de las virtudes de Cartagena. Es indispensable en esta reseña, como en su ocasión lo hizo el pleno de la Asamblea, tributarle un homenaje de admiración y gratitud. Las Vicepresidencias las ocuparon los respectivos Jefes de las Delegaciones nacionales, otorgándose por unanimidad la primera al de España, don Amando Melón, Catedrático y Académico de la Real Academia de la Historia. Se eligió Secretario técnico del Congreso al Secretario de la Asociación Hispanoamericana de Historia, y Secretarios, a los de la Comisión organizadora de Cartagena y al de la Academia de la Historia de la misma ciudad. Especialísima intervención tuvo el Embajador de España en Bogotá en la preparación y desarrollo del Congreso.

Dirigieron los trabajos de la primera Comisión el Académico colombiano Ezequiel Arroyave, el Profesor Paul Bouchard, de la Universidad de Quebec, y el Profesor Delgado, de la Universidad de Barcelona. La segunda Comisión, presidida por don Alberto María Carreño, Presidente de la Academia Mejicana de la Historia, auxiliado por el Académico de Panamá Doctor Reverte y por el Profesor Morales Padrón, de Sevilla, estudió medio centenar de comunicaciones, dedicadas en gran parte a diversos aspectos del siglo XVII americano. Por el volumen de los trabajos presentados hubo de desdoblarse en dos Subcomisiones, dirigida una por el Profesor Ballesteros, para las comunicaciones referidas a Méjico y Centroamérica, y otra dirigida por el Académico ecuatoriano P. Vargas, referentes a Sudamérica. Dirigió la Comisión tercera el Académico argentino Roberto Etchepareborda, con el Secretario de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, Pablo Barnola, y el Profesor Gil Munilla, de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. La cuarta Comisión la dirigió el Profesor Marco Dorta, autor del mejor trabajo de investigación sobre el tesoro artístico de Cartagena; la quinta Comisión, de resoluciones prácticas, fué presidida por el Doctor Julio César Chaves, Presidente de la Academia de la Historia del Paraguay, quien actuó además en representación de la Asociación de Historia, y como Secretario, el mismo del Congreso, José María Alvarez Romero.

A través de las ponencias y trabajos presentados se constató que la interpretación de la escuela liberal, oficialmente sustentada en Hispanoamérica durante ciento cincuenta años y consagrada en los programas y libros de texto, está en período de revisión y aun en trance de liquidación. Por otra parte, la interpretación marxista, elaborada a base de esquemas previos, si bien penetra con fuerza política en las Universidades, no se ha impuesto todavía, y sobre todo carece de base científica. Tres son las corrientes, aparte de la indigenista, que se alinean

hoy en la interpretación de la Historia de América. La tesis liberal, según la cual el desenvolvimiento cultural, político y económico de Hispanoamérica se produjo por obra de las ideas de la Revolución francesa y del constitucionalismo y mercantilismo anglosajón —es decir, desde el momento de la Independencia—, sobre un fondo de anquilosamiento cultural e injusticia dejado por España. La interpretación marxista, montada sobre puras tensiones clasistas de intereses materiales, en la que la labor colonizadora de España y el período liberal independiente hasta nuestros días son dos formas de una misma y fundamental explotación del pueblo de América en beneficio de las minorías. Finalmente, la corriente más o menos deliberadamente hispánica, reivindicadora de la obra de España y de su vigencia en el ser nacional y cultural de Hispanoamérica.

El revisionismo actual tiene un marcado carácter hispánico y reivindicador de aquella obra de España. Si bien tiene antecedentes antiguos, lo están llevando a sus últimas consecuencias las generaciones más jóvenes del Continente americano. El trabajo científico de estas nuevas promociones, en la línea de varios de sus maestros americanos y españoles, es de extraordinaria envergadura. Su presencia y su palabra se acusó en Cartagena con más vigor y madurez que en las anteriores reuniones, y compartieron sus puntos de vista los historiadores consagrados. La casi total unanimidad en el enfoque de la Historia de América que se produjo en la Asamblea no puede explicarse por la parcialidad en la selección de los congresistas, pues la Academia de la Historia de Cartagena cursó las invitaciones con carácter enteramente abierto, sin preferencias ni matices. La composición humana del Congreso fué numerosa y heterogénea, con participantes de gran categoría.

Resultados del Congreso

A pesar de la diversidad de procedencias y nacionalidades de los congresistas, existió una unanimidad casi absoluta y sorprendente en las conclusiones sobre los temas tratados. Podrían resumirse en los siguientes apartados:

1.° Necesidad de rectificar los juicios de la escuela liberal sobre la valoración de la obra colonizadora de España. Esta rectificación debe bajar del plano de la investigación en que actualmente se manifiesta al de la enseñanza popular:

> «Solicitar de los gobiernos hispanoamericanos, corporaciones y entidades dedicadas a la enseñanza de la historia, que los libros de texto eliminen las frases hirientes para España de tal forma que la grandeza histórica de los pueblos de América no se exponga con menoscabo de las glorias legítimas de España» (Conclusión I, A).

2.º Interpretación objetiva del fenómeno de la Independencia como un proceso normal de madurez, posible gracias al legado de España:

> «El Congreso recomienda destacar y valorar el papel del legado español en la Independencia subrayando que aquél constituye el ingrediente fundamental del pasado histórico y de la realidad viva de la unidad hispanoamericana» (Conclusión IV, A).

En este camino de objetividad e imparcialidad los historiadores dieron un paso más y rindieron un homenaje público que hubiera resultado inconcebible hace sólo unos cuantos años. Es la reivindicación de los luchadores realistas en la guerra de la Independencia, que tuvo no sólo el carácter de reparación personal, sino que se fundamentó en una concepción de las guerras de la Independencia como parte de una realidad más amplia y más honda que abarca a peninsulares y americanos:

> «Rehabilitar para la historia patria de los diversos países y para la historia común de Hispanoamérica los nombres de quienes, fieles a sus principios, militaron en las filas de la Monarquía española durante las guerras de Independencia, las cuales constituyeron verdaderas contiendas civiles dentro de la comunidad hispánica» (Conclusión IV, B).

3.º Afirmación de la unidad fundamental de los países hispanoamericanos, y como base de dicha unidad y de las propias nacionalidades, el legado y la cultura española:

> «Es absolutamente necesario mostrar a la juventud la realidad histórica de una comunidad de pueblos basados en la común tradición hispánica» (Conclusión I, B).
>
> «Valorar el legado español subrayando que éste constituye el ingrediente fundamental de pasado histórico y de la realidad viva de la unidad hispanoamericana» (Conclusión IV, A).

4.º Intensificación del estudio de los factores sociales y económicos en el pasado y su incidencia en las tensiones presentes, especialmente en la toma de conciencia pública de los pueblos americanos:

> «El Congreso recomienda destacar el papel de los pueblos en la guerra emancipadora y la influencia de los factores económicos y sociales» (Conclusión IV, A).
>
> «Los historiadores deben dar destacado puesto a la aportación de la raza negra no sólo en el aspecto étnico, sino en el sociológico, económico, intelectual, político y espiritual» (Conclusión V, I).

Las causas de la rectificación de los conceptos históricos señalada en el Congreso son de dos órdenes: primero y fundamental, de carácter

científico, debido al resultado de los estudios e investigaciones hechas durante los últimos años y a su interpretación objetiva, posible hoy gracias a la imparcialidad que proporciona la madurez de las nacionalidades americanas y la lejanía de las tensiones entre españoles y americanos durante la guerra de la Independencia. Segunda y urgente razón, de naturaleza política, por la necesidad de encontrar una base firme de justificación histórica y un ingrediente ideológico en Hispanoamérica capaz de enfrentarse con éxito al marxismo y al castrismo. En este aspecto el Congreso de Cartagena ha sido testimonio reciente y excepcional de que los mejores historiadores de América han encontrado y proclamado esta justificación e ingrediente en el legado de España.

La confluencia de los resultados de los trabajos históricos presentados al Congreso, sobre un clima continental de preocupación e inseguridad política, determinó no sólo las normales conclusiones de carácter histórico, propias de esta clase de reuniones, sino otras de mayor alcance y una declaración de principios de naturaleza ideológica:

> «El Congreso declara: Primero. Que América, con el descubrimiento de hace cuatro siglos y la obra colonizadora de España, se incorporó definitivamente a la cultura occidental y a la concepción cristiana del mundo y de la vida.—Segundo. Que sólo la fidelidad a los valores fundamentales de esa civilización y a su tradición hispánica le permitirán cumplir su propio destino en el futuro.»

El III Congreso de Cartagena no fué una fría reunión de historiadores al margen de la realidad. Esta vivificó aquellos trabajos e infundió un especial sentido de gravedad al pensar y sentir de cada uno de los congresistas. Se estudió el pasado, pero proyectado sobre la encrucijada actual, y ésta se entendió mejor a la luz de aquella historia.

Congresistas

Asistieron historiadores del Canadá, Estados Unidos, Méjico, El Salvador, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Argentina, Paraguay, Bolivia, Venezuela, España, Austria, Dinamarca y Japón, además de los que no pudieron asistir, pero enviaron ponencias o comunicaciones. No sólo el número de los congresistas asistentes, pasaron de los 150, sino sobre todo su categoría científica y la calidad de los trabajos presentados, permiten afirmar que se trató de una Asamblea de extraordinaria categoría.

Presidió la Delegación argentina el Académico Roberto Etchepareborda, y formaron parte de la misma don Raúl Molina, Académico y Director de la revista *Historia;* don Pedro Martínez, Decano de la Fa-

cultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuyo; don Manuel Lizondo, Profesor de la Universidad de Tucumán; don Jorge Comadrán, Profesor de la Universidad de Cuyo, y don Guillermo Lausteau, Profesor de la Universidad del Salvador. De Austria, además del Archiduque Otto, asistió el Profesor Alexander Randa, Director del Instituto de Historia Universal de Salzburgo. De Bolivia, el Director del Museo de La Paz, don Adolfo Morales. De Canadá, el Profesor Paul Bouchard, de la Universidad de Laval. De Costa Rica, don Demetrio Gallegos, Delegado de la Asociación Bolivariana. De Dinamarca, el Profesor Olger Brondsted, de la Universidad de Copenhague. De Chile, el Profesor Rómulo Trebbi, de la Universidad de Valparaíso. De El Ecuador, el Académico de la Historia José María Vargas; Oswaldo Romero Arteta, Presidente del Centro de Investigaciones Históricas; José Clemente Bognoli, Secretario del Centro de Investigaciones Históricas; Arturo Chiriboga, Delegado de la Universidad Central del Ecuador, y Jorge Salvador Lara, Profesor de la Universidad Católica de Quito. De El Salvador, el Académico de la Historia Jorge Lardè y Larín; Profesor Francisco Pecorini, de la Universidad Nacional; don Manuel Vidal, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras del Salvador. De los Estados Unidos, el Profesor Worcester, de la Universidad de Florida; Frank Safford, de la Universidad de Columbia; José León Rivera, de la Universidad de Carolina del Norte, y Wright Ione, de la Universidad de Miami. Del Japón, el Profesor Francis Tapia, de la Universidad de Sofía, de Tokio. De Méjico, el Director de la Academia Mejicana, don Alberto María Carreño. Del Perú, el Profesor Pedro Francisco Crespo, de la Universidad Católica de Lima, y don Augusto Peñalosa, de la Sociedad Bolivariana. De Panamá, el Presidente de su Academia de la Historia, Ernesto Castillero; el Académico Reyes Testa; el Académico José Manuel Reverte; don Horacio Claret, de la Sociedad Bolivariana; don Bonifacio Pereira, Delegado del Ministerio de Educación, y don Miguel Angel Martín, de la Universidad de Panamá. De Venezuela, Pedro Pablo Barnola, Secretario de la Sociedad Bolivariana; el Académico Carlos Felice Cardot; Manuel Pérez Vila, de la Fundación John Boulton; don Eduardo Machado Rivero, y J. A. Escalona, de la Sociedad Bolivariana. Presidió la Delegación de España el Académico y Catedrático don Amando Melón, y estuvo integrada por los Profesores Ballesteros, de la Universidad de Madrid; Marco Dorta, de la Universidad de Sevilla; Gil Munilla, de la Universidad de Sevilla; Jaime Delgado, de la Universidad de Barcelona; Morales Padrón, de la Universidad de Sevilla; Analola Borges, del Centro de Estudios Hispánicos de Canarias, y Alvarez Romero, de la Asociación Hispanoamericana de Historia. La Delegación colombiana fué numerosa y de primera calidad; la presidió don

Bernardo J. Caycedo, Vicepresidente de la Academia Colombiana de la Historia, y asistieron representantes de esta misma corporación, de la de Cartagena de Indias y de las demás instituciones académicas y universitarias del país.—José María Alvarez Romero.

MITOLOGIA DEL HOMBRE CRESPO

Parece que nadie puede escribir ya de Angel Crespo y de su obra tras ese completísimo estudio que de su poesía nos presenta José Albi en su antología poética. Bien diseñado, nos vemos en la necesidad de seguirle porque es un camino trazado ya y con el que todos contábamos aun antes de ser escrito.

Yo conocí a Crespo una mañana de julio. Comenzaba también yo mis trochas misteriosas. La magia, la novedad sorprendente de su mensaje me atraían incesantemente.

Lo telúrico

Poco antes de nuestra amistad publicaba Crespo *Quedan señales*. Hice un artículo que envié a —y publicó— *Juventud*. Decía entonces: «Olor a tierra manchega se me antojan los versos de A. C.». «Poesía desconcertante por su sencillez.» Ternura, realismo transformado por su entrañable vocación poética, la vida misma vista a través del cristal de Angel Crespo. Un nuevo Anteo; Crespo es el nuevo Anteo que de la tierra recibe fuerza, pero no de una tierra desnuda y pura, tierra trigueña y con hombres con sus problemas y su mensaje. La tierra será el terciopelo que sirva de alfombra a las palabras mágicas del Angel Crespo, que es nuestro poeta. El no será otra cosa que su nuevo germinador, la lluvia que calará muy dentro, pues es la tierra misma que «suda hacia su centro». Así estará por encima de todo, desbordador de todo límite, creador de una «especie de *mitología casera*».

El tema tierra estará presente en «Todo está vivo» (títulos significativos, sugerentes: «La lluvia», «El olor de las vacas», «La senda»...), en «La cesta y el río» y, sobre todo, en «Junio feliz» es donde su poesía descriptiva alcanza pasajes de una belleza absoluta.

Realismo social

Y ¿qué diremos del realismo de Crespo? Porque a pesar de los ismos, a pesar de las modas, la poesía de Crespo es, existe como una auténtica forma, como una sustancia que ahí está para todo el que